

Rincon; las *Revistas* que publicó en "El Monitor Republicano; la *Biografía del poeta mexicano P. Anastasio Ochoa*, y el *Discurso* que pronunció en Orizaba el día 15 de Setiembre de 1868; discurso que, por su elevacion de miras, se aparta de la generalidad de esa clase de piezas literarias.

Sabemos que Arróniz dejó inéditos varios escritos que conserva su familia, y que ojalá no se pierdan, pues entre ellos figuran las notas y documentos que habia acopiado para escribir la *Historia general de las revoluciones de México*.

Arróniz, por su ilustracion, por su patriotismo, por su desinterés, y por otras muy buenas cualidades de que se hallaba adornado, conquistó un lugar distinguido entre los hombres útiles á su patria. No era del número de aquellos que, porque han alcanzado cierta reputacion literaria, miran con desden á los que hacen sus primeros ensayos. Él tenia placer en alentar á la juventud, en darle sus consejos cuando se los pedía, y en corregir los escritos que con ese fin se le entregaban. La modestia de Arróniz era igual á su mérito; en su trato se revelaba al hombre ilustrado sin pretender hacer alarde de sus conocimientos. Si hasta hoy no se ha hecho sino mencion ligera de los escritos de Arróniz y de su mérito personal, es porque su existencia se deslizó fuera de México, y en México las más veces sólo se estima, y no siempre con gran cordura, á los que tienen ocasion de figurar en este centro principal de las ilustraciones patrias. Si la vida de Arróniz como literato fué siempre agitada por las contrariedades que experimenta quien no quiere reducirse á una existencia vegetativa, trágico fué por cierto su fin.

Eran las once y media de la mañana del 15 de Enero de 1870. Arróniz, que á la sazón era secretario de Ayuntamiento de Orizaba, salió á la puerta del palacio municipal, con motivo de un pronunciamiento que media hora antes habia estallado. Los insurrectos, que se habian apoderado de la torre de la parroquia, disparaban sus armas sobre dicho palacio al aparecer Arróniz. Una de las balas alcanzó al modesto escritor, y le dejó muerto en el acto. ¡Una vez más los fratricidas, ó revolucionarios como pretenden llamarse los perturbadores de la paz pública en

México, privaron al país de uno de sus hijos más útiles y honrados!

Arróniz murió precisamente cuando comenzaba á ver apreciados sus trabajos literarios; cuando su ingenio, robustecido por el estudio más constante, prometia sazonados frutos; cuando trascurridos más de dos años despues de la restauracion de la República, se inauguraba una época de renacimiento literario. Él habria contribuido gustoso á la evolucion social, poniendo al servicio de la patria todos sus esfuerzos, toda su perseverancia, pues muy pocos podian aventajarle en su anhelo por lograr lo que fuese noble, lo que fuese grande y lo que pudiese refluir en bien de su país. Desgraciadamente murió, y con él las esperanzas que habia hecho concebir. Empero ahí están sus obras para salvar del olvido su memoria.

ARTEAGA, José María.

Nació en la ciudad de Aguascalientes, el año de 1833. De cuna humilde y honrada, Arteaga hizo apénas estudios primarios en las escuelas públicas de aquella ciudad, y se dedicó despues al oficio de sastre. En él pasó la juventud, hasta el año de 1852 en que abrazó la carrera de las armas, comenzándola en la clase de sargento primero del batallon activo de Aguascalientes, debido á su buen porte y á su clara inteligencia. Al año siguiente, habiendo vuelto al país el General Santa-Anna, fueron movilizadas la fuerzas permanentes y activas de la República, y Arteaga fué ascendido á subteniente y veteranizado en uno de los cuerpos de línea, hasta fines del propio año en que se le concedió el empleo de teniente. En 1854, el Gobierno le elevó á capitán del tercer ligero de infantería, cuyo cuerpo formó parte de la brigada que á las órdenes de Zuloaga combatió el Plan de Ayutla en el Estado de Guerrero, concurriendo Arteaga á las acciones de Ajuchitlán, Coyuca, Alto de la Tijera, Calvario y Nusco.

Liberal por sentimientos y por convicción, sus deberes militares le obligaron á combatir á sus correligionarios; pero sufría, y se resignó á sufrir, hasta que de una manera en que su honra quedase ilesa pudiese alistarse en las filas de aquellos. Hé aquí cómo refiere el Sr. Pérez Hernández el tránsito de Arteaga de las tropas reaccionarias á las liberales:

“Avanzó la brigada Zuloaga á lo largo de la costa grande de Estado de Guerrero, hasta llegar al punto del Calvario, que debe considerarse como el memorable paso de las Termópilas, donde trescientos invictos espartanos, á las órdenes del inmortal Leonidas defendieron los sacrosantos derechos, autonomía é independencia de la Grecia. Así el promontorio del Calvario, situado entre el rancho del Cayacal y la hacienda de Coyuquilla, fué defendido por doscientos hombres al mando del inolvidable General D. Tomás Moreno, uno de los héroes de la memorable jornada de *Treinta contra cuatrocientos*, contra la brigada de Zuloaga que, en honor de la verdad, hizo inmensos sacrificios en ese día para conquistar la gloria del triunfo; mas lo inaccesible del promontorio, la lucha con las olas del Océano Pacífico, dentro de las cuales se colocaron los obuses de montaña, lo estrecho del paso, y las piedras que arrojaban algunos hombres colocados en la cima del predicho promontorio, negaron á los valientes sostenedores de la dictadura las palmas de la victoria, posesionándose del punto que las fuerzas surianas abandonaron por falta de parque, dejando el campo de sus enemigos cubierto de cadáveres, de heridos y de contusos. En esta acción, tan reñida como sangrienta, el capitán Arteaga demostró su valor, su pericia y su fidelidad en medio de un horrible combate entre el deber y su conciencia, entre sus simpatías y su obligación, hasta llegar á la hacienda de Nusco, en donde las fuerzas del ejército restaurador de la libertad, obedientes á su caudillo, el venerable anciano de la independencia, el soldado del pueblo, el benemérito soldado D. Juan Álvarez, resolvieron atacar y cumplir los preceptos sagrados de su jefe, impidiendo á todo trance que se internasen más en el Estado las huestes de la dictadura. Esa lucha de Nusco honrará siempre á los que concu-

rrieron á ella en sosten de la dictadura y á los que lucharon por la libertad. Esa lucha no es aún conocida, apenas se recuerda, quizá porque no se conoce, porque no ha habido quien se ocupe de esa jornada digna de eterna gloria para vencidos y vencedores. Día con día, hora con hora, y momento por momento se libraban combates parciales para adquirir los sitiados maíz y agua con que cubrir sus necesidades, y forraje para sus acémilas y caballos. Quinientas mazorecas de maíz, algunos cántaros y caramañolas de agua, y dos ó tres cargas de forraje, costaban la vida de tres ó cuatro hombres: las escenas se repetían las unas á las otras, y prolongado el tiempo, los héroes de la brigada Zuloaga eran, permítasenos la frase, *esqueletos vivientes, cadáveres andando*; porque la enfermedad, el hambre, la sed, las insolaciones, las trasnochadas y el asedio sin tregua, hizo de aquellos hombres los hijos de Esparta, los compañeros de Leonidas; mientras los indómitos surianos, combatidos también por la falta de recursos para salir del Estado, mientras otros resolvieron unirse á las filas del ejército liberal, ya porque esas eran sus convicciones, ya porque habían sucumbido en fuerza del abandono á que se les dejó reducidos desde el momento en que pisaron á Ajuchitlan. El capitán Arteaga se unió á las filas liberales, como el coronel Cosío, el teniente coronel Valdespino, el comandante Prisciliano Flores y otros tantos, y fué ascendido á comandante de batallón. (Mayo, 1855.)”

Desde esa fecha hasta la de su muerte, Arteaga militó en el ejército liberal. En Abril del propio año formó parte de la brigada ligera que el General Álvarez puso á las órdenes de Comonfort, ascendiendo á teniente coronel en Mayo del repetido año, y con el cargo de mayor general de la división. Con ese grado y con ese cargo, Arteaga combatió durante el resto del año en Jalisco y Colima, singularizándose por su valor en todas las acciones que se libraron; pero muy particularmente por las fatigas del asedio y por el nutrido fuego de sus enemigos, supieron sostener esa lucha gigantesca, esa lucha que honra la memoria de los contendientes. En estas repetidas jornadas, el capitán Arteaga se batió á la cabeza de los suyos con la fidelidad del soldado, con

la energía del caballero, con la honradez del hombre leal que prefiere la muerte á la vergüenza, hasta que llegó el momento en que agotados todos los medios de resistencia, todos los caminos de salvacion, tuvieron que capitular los valientes de Nusco, á los que el vencedor trató con generosidad y decencia, hasta donde es posible en medio del desencadenamiento de las pasiones alimentadas por las doctrinas políticas. Arteaga llegó hasta el puerto de Acapulco con sus demas compañeros de armas, quedando todos en plena libertad de retirarse á sus hogares ó de tomar parte en favor del movimiento regenerador de Ayutla. Algunos jefes, oficiales y tropa tomaron sus pasaportes del cuartel general, entre ellos Arteaga, quien queria continuar prestando sus importantes servicios á la causa en cuyas filas se habia alistado.

En la jornada de Zapotlan el Grande (Ciudad Guzman) cuyo asedio fué bien largo, Arteaga se portó dignamente como generoso defensor de sus antiguos compañeros, como humano y probo, y despues de ella pasó á Colima. En esa ciudad fué reorganizada la fuerza, y Arteaga, ascendido á coronel. Aumentando su batallon se dirigió á Guadalajara, y de allí á la capital de la República, donde habian triunfado ya las ideas liberales. Mientras tanto, el General Álvarez habia sido elevado á la presidencia y nombrado su sustituto al General Comonfort. Arteaga fué destinado para mandar el Estado de Querétaro, del cual llegó á ser Gobernador constitucional, hasta que Comonfort, mal aconsejado, dió el funesto golpe de Estado que tantos males causó al país y tan horribles consecuencias produjo á su desgraciado autor. Arteaga, no obstante la amistad y si se quiere gratitud que le ligaban á Comonfort, se opuso al golpe de Estado, pues habia jurado sostener la causa del pueblo, y lo sacrificó todo á su honra y á su deber, á su conciencia y á sus sentimientos.

Sin tregua ni descanso, sostuvo con las armas en la mano las libertades públicas encarnadas en el plan de Ayutla, militando en Querétaro, Michoacan y Jalisco, hasta que alcanzando el triunfo por el partido liberal, tornó á gobernar el primero de aquellos Estados. Ocupando ese puesto estaba, cuando se pre-

sentó la guerra de intervencion. Hasta ocioso parece decir que Arteaga fué de los primeros en acudir al llamamiento de la patria. Presente estuvo en las memorables acciones de Barranca Seca y Acultzingo (1862). Herido en ésta, tuvo que retirarse á Morelia á recobrar su muy quebrantada salud. Más tarde el General Ogazon puso á las órdenes de Arteaga una division levantada, organizada y sostenida por dicho General, y compuesta de 8,000 hombres. Arteaga, olvidábamos decirlo, habia ascendido ántes á General de Brigada. Largos de enumerar serian los servicios que prestó en aquella época de prueba, luchando contra las tropas extranjeras y contra las reaccionarias de México. Arteaga tenia fé en la causa que defendia, y amaba las instituciones republicanas. Así, no es de extrañar que con tenacidad que no todos lograron poseer, con resignacion en las adversidades, con heróico valor en los combates, y con esperanza firme de ver el triunfo de la causa santa, Arteaga, ya nombrado General en jefe del Ejército del Centro, combatió en Jalisco, Michoacan y México, y durante tres años en que no siempre le sonrió la victoria, y sin atender á sus mal cerradas heridas.

A fines de Setiembre de 1865, salió de Tacámbaro (Michoacan) el General Arteaga, con tres mil quinientos hombres, única fuerza que constituia el Ejército del Centro, llevando consigo á los Generales D. Vicente Riva Palacio, como General en Jefe de la primera division y Gobernador de Michoacan; D. Cárlos Salazar Cuartel-maestre, y D. José María Perez Hernandez, como Jefe de la brigada ligera que se dispuso formase en Uruápan y sus inmediaciones el 5 de Octubre de 1865. Al dia siguiente y en el llano próximo á la ciudad de Uruápan del Progreso, (Michoacan de Ocampo) Arteaga pasó una revista general á su fuerza, que dividió en dos fracciones, una al mando del General Riva Palacio, y que debia marchar sobre Morelia, y reservándose la otra. Al General Perez Hernandez le dió ochenta dragones y un cuadro de Jeges y oficiales para la formacion de la brigada ligera. El dia 8 salió de Uruapan la division de Riva Palacio sobre la capital del Estado, el Sr. Pérez Hernández fué á situarse en el lugar llamado *Reyes de Salgado*, y Arteaga que-

dó en Uruápan. Las operaciones de esa campaña, que seria largo referir, obligaron á Arteaga á hacer varias marchas, hasta que en la accion de Santa Ana Amatlan cayó prisionero, y fué conducido á la ciudad de Uruápan en donde debia ser fusilado. Mal podia esperar clemencia el hombre que con denuedo habia luchado contra los enemigos de su patria; quien sacrifica á todo un pueblo, no ha de vacilar en el sacrificio de un hombre, por digno que éste sea. Además Arteaga no era un personaje vulgar, se le temia, porque era valiente hasta la heroicidad, y constante hasta la muerte.

El 21 de Octubre de 1865, Arteaga fué fusilado en Uruápan despues de haber escrito con mano firme la siguiente carta: "Hoy he caido prisionero y mañana seré fusilado. Muero á los treinta y seis años de edad. En esta hora suprema, es mi consuelo legar á mi familia un nombre sin tacha. Mi único crimen consiste en haber peleado por la independenciam de mi país, por esto me fusilan; pero el patíbulo, madre mia, no infama, no, al militar que cumple con su deber y con su patria."

En todo tiempo y en cualquier pueblo de la tierra, seria grande el nombre de este mártir de la libertad. Su recuerdo, en vez de debilitarse, toma mayores proporciones si con rectitud y severidad se establece un paralelo entre este modesto y leal soldado de la República, y muchos otros que hoy viven haciendo alarde de haber servido á todas las causas defeccionando á todas ellas. Arteaga, tipo del militar pundonoroso, será siempre un título de legítimo orgullo, de verdadera honra para el ejército nacional, y los que alientan la noble ambicion de sobrevivir en la memoria de sus conciudadanos, los que aspiren á figurar en aquellas páginas en que los pueblos guardan lo que les enaltece, deben seguir las huellas de Arteaga, que supo sellar con su sangre el libro de sus nobles hechos.

ASCENCIO, Pedro.

No es en una biografía metódica en donde pueden referirse las hazañas del caudillo suriano Pedro Ascencio, nacido en la aldea llamada Acuitapan (Guerrero). Personaje á quien sus mismos enemigos hicieron legendario, bravo campeón de la libertad mexicana, Pedro Ascencio, cuya vida pasó ignorada hasta el momento en que abrazó la causa de la Independencia, y que en breve supo conquistarse un lugar entre los primeros caudillos, merece no ya un biógrafo, sino un cantor que le inmortalice. Alguno de nuestros poetas ha consagrado los acordes de su lira al indio suriano; pero en ese brevísimo canto no se le ha tributado por completo el homenaje á que es acreedor.

Las noticias que existen acerca de Pedro Ascencio, se hallan diseminadas en la *Gaceta de México* [1820 y 1821], en la *Historia de México* por D. Lucas Alaman, y en el *Cuadro Histórico* de D. Carlos María Bustamante. Además, en la *Galería de indios célebres* del Sr. Carrion, ocupa Ascencio un lugar distinguido. Nosotros diremos sustancialmente lo que de él sabemos.

D. José María Rayon le hizo capitán de caballería, y puso á sus órdenes cincuenta hombres de aquella arma; despues militó á las órdenes del terrible guerrillero Vargas, por los años de 1814 á 1816.

En una barranca encontró ocultos algunos fusiles, y en el acto armó con ellos á otros tantos indios, y á poco presentose al General Guerrero al frente de trescientos de ellos, provistos de diversas armas.

En 1820. cuando la gloriosa revolucion iniciada por Hidalgo, despues de una série no interrumpida de desastres, parecia que iba á quedar sofocada para siempre, porque el desaliento se habia apoderado de la mayor parte de sus adeptos, ménos de los caudillos y tropas del Sur, Ascencio se fortificó en el cerro de la "Goleta," y de allí salia con frecuencia á incursionar por Tas-

co é Iguala, causando grandísimos extragos á los realistas, que en vano inventaron todo género de recursos por hacerle sucumbir. Su valor, su constancia, su inquebrantable fé en la causa que sostenia, y la energía snprema que en todos sus actos demostraba, le hicieron por aquella época alcanzar la mayor celebridad. Refiriéndose á este período, dice el Sr. Carrion:

“En México era pintado Pedro Ascencio, con los colores más exágerados y más horribles.

“Los realistas habian hecho de él un personaje el más sombrío, el más temible que puede imaginarse; sus hazañas eran adulteradas y referidas por la mala fé, con ese misterio, con ese asombro con que se refieren las escenas sangrientas y horrosas.

“El vulgo sabia y creia de buena fé, que Pedro Ascencio incendiaba y saqueaba poblaciones enteras; que degollaba ancianos, mujeres y niños á millares; que imponia tributos y talaba campos; que ahorcaba á los sacerdotes y entraba á saco los templos; que violaba doncellas y las entregaba despues á la ferocidad de sus soldados; el vulgo, en fin, creia á Pedro Ascencio un Attila; el bello ideal de los bandidos, el sér más feroz y más salvaje del mundo; pero como el pueblo bajo ama siempre todo lo sombrío, todo lo terrible y todo lo grande, Ascencio llegó á disfrutar en México una peligrosa popularidad, y en vez de ser odiado, como los realistas esperaban, era temido y respetado.

“La narracion de la vida de Pedro Ascencio, llegó á ser una leyenda popular: el dia que en *La Gaceta* se referia alguna de sus proezas, ó se publicaba algun parte de los jefes realistas que le perseguian, ese dia se agotaban todos los ejemplares de ella, se hablaba de él en todos los círculos y en todas las clases de la sociedad. El romancesco modo con que se referian las proezas de Pedro Ascencio, tenia, por cierto, mucha influencia en la popularidad que disfrutaba; se sabian perfectamente en México cuantas disposiciones tomaba, y como es muy natural, por ellas se deducian sus talentos políticos y militares, y la importancia de su permanencia en el Sur, á pesar de lo despreciable que pintaban á su fuerza los realistas.”

La accion de Santa Rita fué una de las más memorobles entre las que se dieron en 1820. En ella, “Ascencio mostró tanto valor, tanta sangre fria y tanta pericia militar, que dejó asombrados á los jefes y soldados del rey,” dice uno de sus biógrafos.

Cuando Iturbide salió de México, á fines de Noviembre de 1820, nombrado Comandante General del Sur, uno de sus propósitos era el de vencer á Ascencio; mas viendo que la empresa era sumamente difícil, puso los medios para atraerle por medio de un indulto; pero tambien en vano. Entónces se resolvió á luchar con él, le atacó en el cerro de San Vicente, y fué derrotado. Igual descalabro sufrió el famoso coronel Rafolo que quiso vengar aquella derrota pocos dias despues, y la misma suerte corrieron cuantos intentaron aniquilar á Ascencio y á sus huestes.

Pero estaba escrito que el bravo caudillo habia de sucumbir á manos de sus enemigos ántes de ver consumada la independencia de la patria.

Tras los espléndidos triunfos obtenidos por Ascencio, entre los cuales merece citarse el de 25 de Enero de 1821 en las cercanías del pueblo de San Pablo, llegó la hora del infortunio para él.

“Supo Pedro Ascencio—dice el biógrafo Carrion ya citado—que el realista Márquez habia salido de Cuernavaca para Acaapulco, con las mejores tropas y recursos que en el primer punto habia, y queriendo aprovechar esta oportunidad para dar un golpe seguro á Tetecala y Cuernavaca, marchó con ochocientos hombres sobre la primera ciudad. El Comandante realista de ella, al saber la aproximacion de Ascencio, le pidió auxilio al Comandante de Cuernavaca, que era un tal Huber, manifestándole en su nota oficial que el indio Pedro Ascencio, unido al criollo D. José Pérez Palacios, marchaban sobre Tetecala, cuyo pueblo sucumbiria si oportunamente no se le auxiliaba. El Comandante de Cuernavaca no tenia tropas suficientes, no sólo para dar el auxilio que se le pedia, pero ni para cubrir la guarnicion de la plaza; así es que, en tan críticas circunstancias, re-

currió al español D, Juan Bautista de la Torre, mayordomo de la hacienda de San Gabriel, pidiendo en nombre del rey, que con los dependientes y mozos de la hacienda, montados y armados, le auxiliase; así se hizo, y el Comandante Huber, con toda esa fuerza, marchó para Tetecala.

“Entre tanto, Pedro Ascencio habia llegado al frente de esta plaza el 2 de Junio de 1821; intimó rendicion, y no habiendo consentido en ello sus defensores, emprendió el asalto; tres veces sus tropas penetraron hasta las calles más céntricas de la poblacion, y otras tantas fueron vigorosamente rechazadas; la noche vino, y á pesar de esto los fuegos continuaron por ambas partes con bastante tenacidad, hasta que dieron las diez de la noche, á cuya hora Ascencio se retiró á las haciendas de Miacatlan y del Charco, dejando á la vista de Tetecala una partida de observacion en el ceiro de la Cruz.” (Alaman).

“Amaneció el dia siguiente, 3 de Junio, y Pedro Ascencio volvió á emprender con todo ardor el asalto de la plaza: despues de un ligero combate, que le valió apoderarse á viva fuerza de seis ó siete casas de las más cercanas á la plaza de Tetecala, recibió la noticia de que el Comandante Huber y los dependientes de la hacienda de San Gabriel se dirigian en auxilio de los sitiados. Ascencio les salió al encuentro con un pequeño trozo de caballería y unos cuantos infantes. Ambas partidas se encontraron en el paraje llamado Milpillas, y se acometieron con tal violencia, que nadie tuvo tiempo de hacer uso de las armas de fuego, empeñándose el combate al arma blanca.

“La lucha fué sangrienta, horrible; hombres y caballos caian tendidos á machetazos y lanzazos en medio de la confusion de esta bárbara matanza. Pedro Ascencio se alejó de su gente como doscientas varas; al ver esto sus enemigos, le siguieron, le circundaron en número de trece, y le atacaron por todos lados desesperadamente.

“Entre los dependientes de la hacienda de San Gabriel iba un español llamado Francisco Aguirre: éste se acercó en silencio á Pedro Ascencio y le anduvo siguiendo largo rato, colocándose siempre por la espalda, y en uno de los momentos en que de

frente lo atacaban sus adversarios, D. Francisco Aguirre tuvo la sangre fria de levantar pausadamente su machete, y en un movimiento de su víctima le descargó un terrible machetazo en la cabeza.

“Pedro Ascencio murió.

“Sus soldados huyeron desordenados.

“En seguida los vencedores le cortaron la cabeza y la condujeron á Cuernavaca.

“El Comandante Huber la mandó poner en un paraje público, con esta lacónica inscripcion arriba de ella:

“Cabeza de Pedro Ascencio.”

AVENDAÑO, Pedro.

Nació el eminente orador sagrado, objeto de este artículo, en el pueblo llamado de las Amilpas, por el año de 1654.

Hizo lucidísima carrera literaria en el famoso Colegio de Tepótzotlan de que tantas veces hemos de hablar en esta obra, y allí mismo vistió la sotana de los jesuitas. Terminados sus estudios, se dedicó al ejercicio de la oratoria sagrada en que llegó á distinguirse de tal manera, que, segun Betancourt, “no era menester más que saber dónde predicaba, para que los entendidos y de buen gusto se movieran para oirle. Privaba á la sazón en Europa, con el título de “maestro de púlpito,” el insigne portugués Vieira, y nuestro Avendaño era llamado “el Vieira mexicano,” elogio el mayor que entónces podia hacerse, y que llegando hasta nosotros, nos dá la medida del renombre que el jesuita que nos ocupa llegó á alcanzar.

Veintidos años hacia que Avendaño habia entrado á la Compañía, y poco ménos contaba de orador afamado, cuando se desató en México una borrasca tremenda en contra suya, con motivo de una “crítica picante” que hizo de un sermón predicado por el Arcediano de la Catedral, pariente de la vireina.

Cuáles hubiesen sido los manejos del Arcediano para perder á Avendaño, no podemos decirlo; pero es fácil comprender que siendo de la familia imperante, y español, no podia ménos de lograr completa venganza, cortando la carrera al osado mexicano que se atrevió á criticar la indigesta produccion de quien gozaba en el palacio de los vireyes favor y consideraciones.

Avendaño fué expelido de la Compañía de Jesus por el delito que apuntamos, y reducido al estado eclesiástico secular, en que vivió hasta su muerte.

Pero si bien es cierto que Avendaño perdió al separarse de la Compañía los ascensos y honores que en ella pudo haber alcanzado, pues es bien notorio que sabian los jesuitas elevar y distinguir á los hombres superiores; si bien es cierto que una vez convertido en simple clérigo, el Arcediano se hallaba en aptitud de continuar ejerciendo en él su venganza, toda vez que por su posicion estaba cerca del prelado, no llegaban esas influencias al punto de impedirle brillar como orador sagrado.

Avendaño siguió cautivando con su mágica palabra al pueblo, gozando de la estimacion de todos y del amor de sus mismos ex-hermanos los jesuitas. Intitulábase la crítica de que provino la persecucion de Avendaño: "Fé de erratas, ó erratas de fé del sermón del Arcediano Corcojales," crítica que no llegó á imprimirse; pero de la que se sacaron numerosas copias.

Gran número de las piezas oratorias de Avendaño, entre ellas el "Elogio fúnebre de Carlos II, rey de España," fué impreso en México y en Puebla, de 1688 á 1701.

Tambien escribió en 1679, un "Certámen poético" sobre el nacimiento de Jesus; y como era costumbre entónces que esos certámenes fuesen compuestos por los maestros de retórica del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, deduce Beristain que Avendaño enseñó dicho arte aquel mismo año.

Segun el bibliógrafo citado, ántes de morir dejó Avendaño en poder del franciscano Fr. Juan Arauz, los manuscritos que vamos á enumerar:

"Tanda de seis sermones de las seis matronas célebres del Antiguo Testamento, predicadas en la iglesia de la Santísima

Trinidad de la Puebla de los Ángeles.—Tanda de seis sermones de las seis monarquías, predicados en la iglesia de la Casa Profesa de México.—Tanda de seis sermones de los seis imperios, predicados en la iglesia de San José de la ciudad de Puebla.—Tanda de sermones sobre la historia de Esther, predicados en la iglesia de la Concepcion de México.—Tanda de sermones sobre la historia de David, predicados en la iglesia de la Concepcion de México.—Cuatro tomos de sermones panegíricos y morales."

Segun Beristain, el franciscano Arauz entregó estos manuscritos al provincial de su orden, quien los colocó en la Biblioteca del convento de San Francisco, donde á principios del siglo actual hubo de leerlos.

Como debe comprender el lector, no es fácil, en casos como el presente, dar una opinion propia con respecto á los escritos del personaje de quien se habla, y es preciso atenerse á la manifestada por sus coetáneos. Varios de estos consagraron á Avendaño los elogios más entusiastas y le colocan entre los primeros oradores sagrados de su siglo. Por eso hemos creído conveniente darle cabida en esta galería.

AYALA, Francisco.

Cubre el olvido los nombres de muchos mártires de la santa causa de la libertad de los pueblos, porque la historia, aunque se dice justiciera, recoge y guarda generalmente los de aquellos que ocupan los puestos más eminentes, y á pretexto de no ser difusa, omite las acciones heroicas de los que, sea cual fuere el lugar en que les hubiese tocado en suerte combatir, han vertido hasta la última gota de su sangre en servicio de su patria.

Francisco Ayala pertenece al número de los mártires ignorados, y á reparar tamaña injusticia va encaminada esta breve noticia biográfica.